

CUENTO N° 201

TÍTULO: LOCURA DE AMOR

SEUDÓNIMO: EBANISTA

AUTOR: CARLOS FIDEL ALVAREZ SAAVEDRA

LOCURA DE AMOR

Al anochecer, al llegar a casa, encontré a un individuo dormitando en la escalinata de la puerta principal. Al entrar a la cocina mi madre me aclaró que el hombre se había presentado casi una hora antes preguntando impacientemente por mí; dijo llamarse Ernesto e insistía en verme; a ella le explicó que se trataba de un asunto personal y debía conversarlo sólo conmigo, por lo tanto decidió esperarme. Mi madre obviamente no lo dejó entrar. Me inquietó su presencia, más aún sospechando de quien se trataba. Hasta ese momento yo no recordaba su nombre, pero lo había visto a menudo, siempre desde lejos. Le pregunté sobre qué cosa quería hablar conmigo, aunque comencé a imaginar con cierta inquietud los motivos de este encuentro. Mientras caminábamos hacia el café de la esquina, un cúmulo de conjeturas empezaron a incomodarme: seguramente ella le habló acerca de lo nuestro y él querrá saber qué ha pasado entre nosotros, o simplemente me pedirá que la deje. Como lo temía, inicié un penoso preámbulo: Hasta ayer — comenzó diciendo— solo tenía indicios de que mi hermana se veía con alguien, pero cuando los vi a ustedes juntos, despidiéndose frente a nuestra casa, decidí seguirle a usted y solo esta mañana me propuse abordarle — se expresaba en voz baja, pero con ansiedad y preocupación. Me sorprendió saber que no era el esposo de Helena. Yo pensé que usted era el esposo de Helena, le dije. Soy su hermano— me aclaró — y su verdadero nombre es Estela, además soy el único familiar directo que ella tiene. La verdad es que mi pobre hermana está enferma, padece de una afección mental progresiva, muy preocupante y así como va, muy pronto tendré que internarla — no lograba salir de mi asombro —Ella aparenta ser una persona normal, muy desenvuelta y comunicativa con los vecinos. Se encarga de las compras y las tareas domésticas... — ¡No puede ser!— exclamé, sinceramente incrédulo— Helena... digo, Estela me refirió una historia muy diferente; me contó que, ustedes viven separados, en la misma casa y además,

por algún motivo muy privado, que no quiso detallar, me contó usted se encuentra impedido de realizar cualquiera actividad fuera de casa, por prescripción médica, me dijo; y que por tal motivo es ella la que debe trabajar en la tienda de telas del centro. Además...

No es así— interrumpió, esbozando una mueca de sonrisa — no soy su esposo, es lo que cuenta a todos, sino su hermano, tal como le dije. Yo manejo la tienda. A veces la llevo conmigo, para evitar que salga y cometa alguna tontería. No me queda tiempo suficiente para dedicarme a cuidarla; por lo demás, es muy voluntariosa, se me escapa, no puedo controlarla, señor. Si lo intento hace un gran escándalo. Sale de compras y pasea por la ciudad. Nunca imaginé que se interesaría por concretar una nueva relación con alguien. Al principio estaba afectada por una aguda bipolaridad, pero ahora ha comenzado a manifestar ciertos cambios inquietantes. El médico dice que la esquizofrenia ha ido en aumento. Es terrible, creo que esto me afecta más a mí que a ella— se tomaba la cabeza, de codos en el mesón— el estrés y las úlceras me están matando, no puedo ni pensar en tomarme un descanso. Miraba al hombre, pensando en ella; no podía creer lo que estaba escuchando.

—Vengo a advertirle, señor. Usted no ha sido el único. Es preferible que deje de verla, o a muy corto plazo le podrá acarrear problemas inimaginables a usted y a su familia.

Me sentí tan contrariado, extrañado y algo decepcionado. La conocí en la librería, hará unas cinco semanas. Poco a poco se fue incubando en mí el deseo de estar a su lado. Se ve tan dulce, indefensa, hermosa... pero a la vez silenciosa y discreta. ¿Sería verdad todo lo que me contaba este hombre?

Ahora entiendo por qué ella se mostraba tan misteriosa, nunca me dio su número de teléfono, aduciendo cualquier excusa que yo acepté como probable. Es muy convincente.

El individuo no aceptó el café. Se despidió rápidamente, con evidente inquietud; apretó los labios y me señaló con su índice, como haciéndome una última advertencia.

Ayer por la mañana, temprano, permanecí oculto enfrente de su casa esperando verla salir. Ella me había contado, entre otras cosas, que a las ocho salía en dirección a su trabajo. Esa noche no dormí muy bien, estuve horas repasando los inolvidables momentos junto a ella, el primer encuentro y sus confidencias; todo queda ahora inmerso en una nebulosa de dudas. Siempre yo había creído que Helena no podía dejar a su esposo debido a la supuesta enfermedad de él; que se sentía muy sola y que nunca pensó en concretar una relación más seria con nadie. Solo deseaba departir con alguien y yo había llegado a su vida como una persona muy especial. Al comienzo nos veíamos casi todos los días, cerca de las seis de la tarde, en un pequeño bar frente a la plaza. Ella pedía, invariablemente, un jugo de naranjas y yo bebía uno o dos tragos. Helena tenía una sonrisa preciosa, contagiosa, reía de cuanta tontería se me ocurría contar. Cuando yo le hablaba, sus ojos oscuros, de mirada reposada, me escrutaban, como acariciándome. Además, desde hacía algunos días nuestros encuentros comenzaron a ser frecuentes y más íntimos; la pasión nos había llevado hasta un hermoso y discreto lugar ubicado en las afueras de la ciudad; luego la dejaba en su casa antes de las nueve de la noche, ya que según ella, debía atender a su esposo enfermo. Mientras recordaba esos momentos, de pronto se abrió la puerta. Helena y su hermano salieron tomados del brazo, caminando hacia un taxi que esperaba enfrente. Les seguí en mi auto a prudente distancia. Al cabo de varios minutos el taxi se detuvo ante el portón de rejas del hospital, un edificio blanco y antiguo. Me quedé observándoles cruzar el jardín, caminar por el sendero y subir las escalinatas hasta la recepción. Seguramente—pensé—Ernesto estará cumpliendo con la rutina de llevar a su hermana a algún control médico o, en el mejor de los casos, ella llevaría a su marido a control. ¡Cómo deseaba en ese momento hablar con ella y salir, al fin, de esa incómoda incertidumbre! Esperé un buen rato en el auto, mirando hacia la entrada. Pero luego recordé que a esa hora recibiría un

pedido de libros. La vería más tarde, o la esperaría en el bar y seguro que ella aparecería radiante, como siempre, aclarándolo todo.

Por la tarde, mientras la esperaba, y al término de la segunda copa me levanté ansioso, ante la inquietud de la espera. No quería, no podía pensar en otra cosa, solo deseaba salir de dudas, estar con ella.

Sentado en el auto, sin decidirme a arrancar, las ideas e imágenes me sofocaban: la imaginaba en el hospital, sedada o encerrada en un cuarto del psiquiátrico, o tal vez... Luego desechaba todo pensamiento negativo. ¡Deseaba estar junto a ella! Hubiera hecho cualquier cosa, en esos momentos, sólo por verla. Me levanté y salí rápidamente del estacionamiento. Me dirigí hacia la tienda; estaba cerrada. Luego fui a su casa; toqué varias veces y nadie respondió. Entonces decidí ir al hospital. Afortunadamente, cuando entré, no había gente en la recepción. Me acerqué al mesón para preguntar por ella, pero en ese momento caí en cuenta que no conocía su apellido

—por favor, es urgente. Busque por Estela, vino esta mañana —le insistí a la recepcionista.

La funcionaria miraba el computador y movía la cabeza en forma negativa.

— ¿Con quién vino esa paciente?

—Entiendo que con su hermano, un señor Ernesto, tampoco recuerdo el apellido— no podía contener la ansiedad.

— ¿Ernesto? ¿Es usted pariente de estas personas?— noté cierta inquietud y sobresalto en la mirada de la enfermera.

—No... bueno, ¡sí! lo que pasa es que... debo entregarle unos medicamentos que me encargaron. Dígame, por favor, ¿ella está aquí aún o ya se fue a su casa?

—Espere un momento... — se levantó sin dejar de mirarme entrando a una oficina lateral. En ese instante sentí pasos ligeros en el pasillo: desde el fondo venía una mujer caminando presurosa... ¡era ella!, ¡Helena! Cuando la divisé, me sonreía; visiblemente emocionado le

respondí igualmente, simulando el nerviosismo; mi corazón latía fuertemente, nos abrazamos, y ella, dándome un ligero beso me dijo, con gran agitación: apresurémonos, tengo tanto que contarte; se aferró de mi brazo y la llevé hacia la salida. Sin hablar caminamos por el sendero hasta llegar a la calle. Entramos al auto, nos acomodamos. Sonreíamos, abrazados nos besábamos. Le conté todo lo que había sucedido.

—Mi tontito, tu imaginación vuela—me dijo— yo tengo la culpa por no haber confiado en ti lo suficiente. Mi marido está enfermo, es un mitómano, esquizofrénico... he sufrido mucho por esta causa durante varios años. Ay, amor, su nombre no es Ernesto, sino Luis, y me confunde con Estela, una hermana de él, que murió hace muchos años. No hay caso, se empeña en confundir los nombres. Esta mañana tuve que internarlo de urgencia, se estaba volviendo muy peligroso, he tenido que quedarme con él todo el día. El pobre me rogaba que no lo dejara... fue terrible, mi amor.

Mientras Helena me contaba esto, yo la observaba embobado, estaba preciosa, ¡más hermosa que nunca! La atraje hacia mi pecho, y cubriéndola con los brazos la besé con ternura.

De improviso las puertas del auto se abrieron y unos enérgicos bultos blancos se abalanzaron sobre mi Helena y la sacaron rápidamente, mientras ella se debatía gritando, llamándome, con sus ojos desorbitados. Ante la sorpresa, no atiné más que a sostener sus manos por unos instantes, mientras los enfermeros la sacaban atándole sus brazos a una camilla. Entonces, rojo de ira, me lancé sobre los funcionarios golpeando y forcejeando con ellos, hasta que lograron dominarme.

— Pero ¿usted también está loco señor?— me grita un enfermero— ¡cómo se le ocurre sacar a esta paciente del hospital y ayudarle a escapar, señor! ¡Con lo peligrosa que es!

— ¡Cómo que peligrosa!— repliqué— ¡cometen un grave error! están equivocados...

— ¿Equivocados?... ¿acaso no está al tanto de lo ocurrido esta mañana, señor?

De pie, junto al automóvil, choqueado, solo atiné a mirar incrédulo a mi Helena la que sollozando se debatía, aprisionada por las correas. Apenas logré escuchar lo que uno de los enfermeros trataba de agregar: “aquí en la recepción, esta mañana alguien se descuidó, esta paciente tomó una tijeras y se la clavó en el cuello al hermano...”

Quedé muy afectado con este episodio. Al llegar a casa, mi madre, al verme en condiciones anímicas deplorables, decidió llamar al médico de familia; no le referí a él ni a ella los pormenores del suceso...; ante mi mutismo catatónico, el médico le sugirió a mi madre que me llevara a un especialista. Al día siguiente, un tanto confundido e intranquilo me acompañó mamá a la consulta del psiquiatra; casualmente éste atendía en el mismo hospital donde estaba recluida Elena; acepté la propuesta del médico y opté por internarme aquí en este mismo hospital, abrigando la esperanza de poder encontrarme con ella y aclarar al fin este malentendido.

////////////////////////////////////